ÉMILE ZOLA



Émile Zola



EL CAPITÁN BURLE

Émile Zola

El capitán Burle



Émile Zola

Émile Édouard Charles Antoine Zola nació en París el 2 de abril de 1840.

En 1848, Émile empezó sus estudios en el Collège Bourbon, en Aix-en-Provenza. A lo largo de su vida, fue también camarada de otros artistas y escritores, como Flaubert, Daudet, los hermanos Goncourt, Guy de Maupassant, Camille Pissarro y Édouard Mane. Luego de unos estudios truncos en París, en 1858, trabajó como oficinista, como dependiente de la librería Hachette entre 1860 y 1862, hasta que se convirtió en periodista.

Empezó a escribir poesía, autobiografía novelada, libros de no-ficción, de ficción, y artículos. Una de sus primeras obras fue *La Confesión de Claudio* (1865), donde cuenta su propia vida de un modo tan escandaloso para la época que tuvo que dejar su trabajo en Hachette. Algunas de sus obras son: *La fortuna de los Rougon* (1871), *El vientre de París* (1873), *La taberna* (1877), y *El paraíso de las damas* (1883). En sus libros y artículos, constantemente se mostraba en contra del gobierno. Entre 1871 y 1893, publicó los veinte volúmenes de su serie *Los Rougon-Macquart*.

El 29 de septiembre de 1902 muere a causa de un accidente doméstico con un calentador que produjo monóxido de carbono. Su muerte originó muchas especulaciones sobre si habría sido un accidente o un atentado.

El capitán Burle
Émile Zola

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

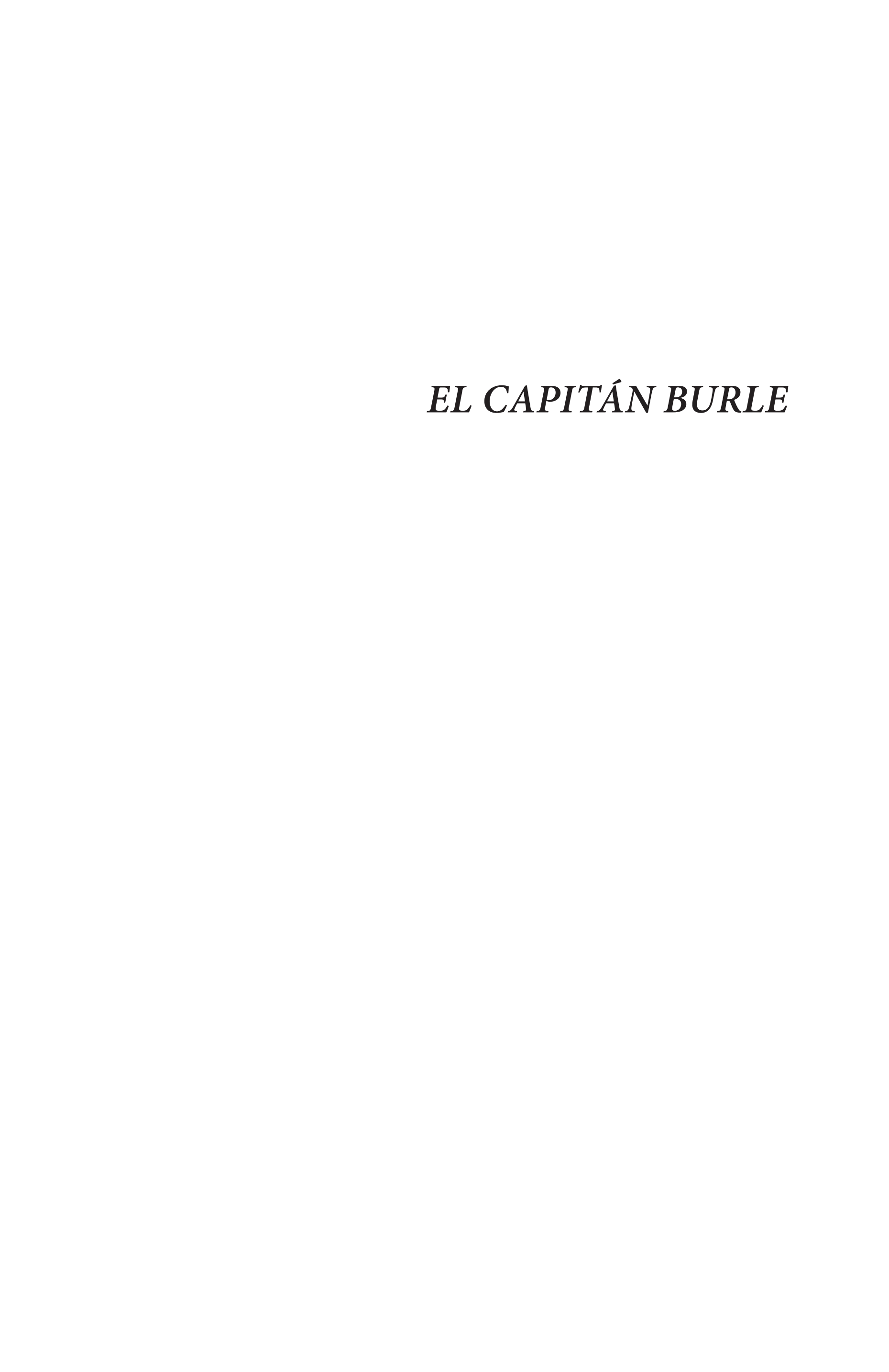
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL CAPITÁN BURLE

I

Ya eran las nueve. La pequeña ciudad de Vauchamp acababa de meterse en la cama, muda y oscura, bajo la glacial lluvia de noviembre. En la calle de Récollets, una de las más estrechas y menos transitadas del barrio de Saint-Jean, una ventana seguía iluminada, en el tercer piso de una vieja casa, cuyos desvencijados canalones dejaban caer torrentes de agua. Madame Burle velaba junto a un endeble fuego de tocones de viña, mientras su nieto Charles hacía los deberes bajo la pálida claridad de una lámpara.

El apartamento, alquilado por ciento sesenta francos al año, se componía de cuatro enormes habitaciones que nunca lograban calentar en invierno. Madame Burle ocupaba la más amplia; su hijo, el capitán-tesorero Burle, había elegido la habitación que daba a la calle, cerca del comedor; y el pequeño Charles, con su catre de hierro, se perdía al fondo de un inmenso salón cubierto de mohosas tapicerías que ya no se utilizaba como tal. Los escasos enseres del capitán y de su madre, muebles estilo imperio de caoba maciza, abollados y con los apliques

de cobre arrancados tras los continuos cambios de guarnición, desaparecían bajo la alta techumbre de la cual se desprendía como una fina oscuridad pulverizada. Las baldosas, pintadas de un rojo frío y duro, helaban los pies. Entre las sillas tan solo habían pequeñas alfombrillas raídas, tan desgastadas que tiritaban en medio de ese desierto barrido por todos los vientos, que se filtraban por las puertas y las ventanas dislocadas.

Cerca de la chimenea, madame Burle se arrellanaba dentro de su sofá de terciopelo amarillo, observando ensimismada cómo se consumía el último tocón, con esa mirada fija y vacía de los ancianos perdidos en sus recuerdos. Era capaz de pasar así días enteros, con su figura desgarbada y su larga cara siempre seria, cuyos delgados labios jamás sonreían. Viuda de un coronel, fallecido en vísperas de ser nombrado general, madre de un capitán del que no se había separado ni siquiera durante sus campañas militares, mostraba una severidad castrense; se había contagiado de las ideas del deber, honor y patriotismo que la hacían inflexible, como si se hubiera secado bajo la rudeza de la disciplina. Era raro que dejara escapar una queja. Cuando su hijo se quedó viudo, tras cinco años de matrimonio, aceptó por

supuesto encargarse de la educación de Charles, labor que desempeñaba con la severidad de un sargento encargado de instruir a los reclutas. Vigilaba estrechamente al niño, sin tolerarle ni un capricho ni una falta, y lo obligaba, si era necesario, a permanecer despierto hasta medianoche, velando ella también, hasta que acabara todos sus deberes. Charles, de temperamento delicado, crecía descolorido bajo esta disciplina implacable, con su cara iluminada por dos hermosos ojos, demasiado grandes y demasiado claros.

En sus largos silencios, una única idea fija rondaba a madame Burle: su hijo había traicionado sus esperanzas. Esto bastaba para mantenerla ocupada, rememorando su existencia, desde el nacimiento del pequeño, que a sus ojos marcaba el momento álgido de la carrera de su hijo, en medio de toda suerte de pompa y gloria, hasta esta estrecha vida de garita, estos días tediosos e indistinguibles, este descalabro a un puesto de capitán-tesorero del que jamás saldría, en el que se había apoltronado. Sin embargo, sus comienzos la habían henchido de orgullo. Durante unos instantes, hasta había creído ver sus sueños realizados. Apenas había salido su hijo de la Escuela de Saint-Cyr, tuvo la oportunidad de distinguirse en la batalla de

Solferino, tomando junto a un puñado de hombres toda una batería enemiga. Fue condecorado, los periódicos comentaron su heroísmo y era conocido como uno de los soldados más bravos del ejército. Pero, poco a poco, el héroe fue engordando, hundiéndose bajo su grasa, volviéndose espeso, feliz, relajado y cobarde. En 1870, tan solo era capitán, capturado en la primera escaramuza, regresó furioso de Alemania, jurando que jamás volvería al campo de batalla, que era una estupidez. Pero como no podía abandonar el ejército, al carecer de oficio, logró el nombramiento de capitán-tesorero; un nicho, decía, donde al menos lo dejarían reventar tranquilo. Ese día, madame Burle sintió un gran desgarro en su interior. Era el final, y desde entonces nunca había abandonado su actitud severa, nunca había dejado de apretar los dientes.

El viento barrió la calle de Récollets, una oleada de lluvia se abatió con rabia en las ventanas. La anciana alzó la mirada de la chimenea, que se estaba extinguiendo, para asegurarse de que Charles no se hubiera dormido sobre su traducción en latín. Este niño de doce años se había convertido en su última esperanza, a la que se aferraba en su tozuda obsesión por la gloria. Al comienzo, lo detestaba, con todo el odio que sentía hacia su madre, una pequeña

obrera modosita, linda y delicada, que el capitán deseaba con locura y con la que cometió la estupidez de casarse, al no poder convertirla en su amante. Una vez muerta la madre, con el padre sumido en el vicio, madame Burle había rehecho sus sueños con el pobre niño enfermizo, que apenas si lograba sacar adelante. Quería que fuera fuerte, que fuera el héroe que Burle se había negado a ser; y, bajo su fría severidad, observaba ansiosa cómo crecía, palpándole los miembros, infundiéndole coraje en la cabeza. Poco a poco, cegada por su pasión, creyó tener por fin delante de ella al hombre de la familia. El niño, de naturaleza dulce y soñadora, en realidad sentía un horror físico hacia el oficio de las armas, pero como tenía auténtico pavor a su abuela, y puesto que era muy dócil y obediente, repetía lo que ella decía, resignándose a convertirse en militar algún día.

Madame Burle se dio cuenta que el niño no avanzaba en su traducción. Charles, aturdido por el ruido de la tormenta, estaba en realidad dormido, con la pluma en la mano y la mirada plantada en el papel. Entonces ella golpeó con sus dedos resecos el borde de la mesa y el niño pegó un respingo, abrió el diccionario y se puso a buscar febrilmente. Sin decir ni una palabra, la vieja

mujer se acercó a los tocones e intentó reavivar el fuego, sin lograrlo.

Cuando aún tenía fe en su hijo, se había dejado arruinar por este, que se había comido sus pequeños ahorros en vicios que ella ni siquiera quería conocer. Y aún ahora, el capitán Burle seguía liquidando la casa, todo se iba esfumando poco a poco; estaban en la miseria, las habitaciones estaban vacías y la cocina siempre fría. Pero ella jamás le hizo ni un comentario, pues, disciplinada como era, seguía considerándolo el dueño de todo. Tan solo a veces sentía un escalofrío, pensando que Burle podía llegar un día a cometer alguna tontería que impidiera a Charles entrar en el ejército.

Se levantó para ir a buscar algún sarmiento a la cocina, cuando se abatió sobre la casa una terrible borrasca que sacudió las puertas, arrancó una persiana y arrastró el agua de los reventados canalones, inundando las ventanas con sus torrentes. En medio de este estrépito, escuchó un inesperado timbrazo. ¿De quién podía tratarse a tales horas y con este tiempo? Burle no acostumbraba a volver nunca antes de medianoche, si es que volvía antes de amanecer. Abrió la puerta. Apareció ante ella un oficial,

calado hasta los huesos, jurando en arameo: «¡Por todos los diablos!… ¡Ah!, ¡tiempo de perros!».

Era el mayor Laguitte, un bravo anciano que había servido al mando del coronel Burle en los buenos viejos tiempos. Comenzó como *enfant de troupe*, pero, gracias a su bravura, mucho más que a su inteligencia, había alcanzado el grado de comandante, hasta que una enfermedad —un acortamiento de los músculos de un muslo, producido por una herida— lo obligó a aceptar el puesto de mayor. Incluso cojeaba levemente, pero no convenía recordárselo cara a cara, pues se negaba a aceptarlo.

—¡Es usted, mayor! —exclamó madame Burle, cada vez más sorprendida.

—¡Sí, maldita sea! —gruñó Laguitte—. Y hay que quererla a usted no poco para echarse a las calles con esta condenada lluvia… ¡Con este tiempo no salen ni los curas!

Sacudía todo el cuerpo, sus botas rebosaban de agua formando una charca en el suelo. Se puso entonces a mirar a su alrededor.

—Necesito obligatoriamente ver ahora mismo a Burle… ¿Acaso ya se ha acostado, el muy gandul?

—No, aún no ha regresado —respondió la vieja mujer con dureza.

El mayor se mostró exasperado. Exclamó, en un arrebato de ira:

—¡Cómo! ¿Que aún no ha vuelto? ¡Pero entonces, me han hecho buena chifla en su café!, ¡donde la Mélanie, ya sabe! Acabo de pasar por ahí y una criada se ha reído en mis barbas diciéndome que el capitán acababa de irse a acostar. ¡Ah, pardiez! ¡Ya me parecía a mí! ¡De buena gana le hubiera dado yo un buen tirón de orejas!

Se fue calmando, pataleando por la habitación, indeciso, con aire alterado.

Madame Burle lo miraba fijamente.

—¿Necesita usted hablar con el propio capitán en persona? —preguntó, por fin.

—Sí.

—¿Y no puedo yo transmitirle el asunto?

—No.

La anciana no insistió, pero permaneció ahí mismo, observando al mayor que no acababa de decidirse a partir. Al final, tuvo un nuevo arrebato de ira:

—¡Qué más da! ¡Maldita sea! Ya que he venido hasta aquí, pues se lo voy a contar a usted, vaya que sí… Tal vez sea lo mejor.

Se sentó ante la chimenea, tendiendo hacia ella sus embarradas botas, como si flambeara un buen fuego tras los morillos. Madame Burle iba a retomar su sitio en el sofá cuando se dio cuenta de que Charles, derrotado por la fatiga, acababa de deslizar la cabeza entre las páginas abiertas del diccionario. En un primer momento, la llegada del mayor lo había despabilado, pero en cuanto se dio cuenta de que no se ocupaban de él, no pudo resistirse al sueño. Su abuela se dirigía ya a la mesa para darle un golpe en sus endebles manitas que palidecían bajo la lámpara, cuando el mayor la retuvo.

—No, no, déjelo dormir, al pobre pequeño… No se trata de nada muy divertido, que digamos, como para que lo escuche.

Así que la anciana regresó a su asiento. Ambos se miraron durante unos instantes, en silencio.

—¡Pues vale, ya está! —exclamó por fin el mayor y subrayó su siguiente frase con un furioso gesto de mentón—. ¡El muy cerdo de Burle ya nos la ha vuelto a jugar!

A Madame Burle no le tembló ni un músculo, pero palidecía, cada vez más estirada en su sofá. El otro prosiguió:

—No, si ya me lo estaba yo oliendo, todo esto… Tenía incluso la intención de comentárselo a usted algún día. Burle no paraba de derrochar dinero, con un aire idiota que me tenía escamado. ¡Ay, pardiez! ¡Hay que ser medio tonto para hacer semejantes asquerosidades!

Y se puso a lanzarse furiosos puñetazos a la rodilla, enmudecido por la indignación. Finalmente, la anciana tuvo que hacerle una pregunta directa:

—¿Ha robado?

—Si es que no se lo va usted a creer, no… ¡Yo nunca he comprobado las cosas! Apruebo las cuentas; echo la firma. Ya sabe usted cómo funcionan las cosas en el consejo. Solo cuando se acercaba una inspección, como el coronel es muy quisquilloso, yo le decía: «Amigo, cuidado con la caja, que soy yo el que responde por ella». Y me quedo tranquilo… Pero desde hace un mes, como se comportaba de forma extraña y me llegaron rumores feos, comencé a mirar más atentamente sus registros, a mirar con lupa sus apuntes. Pero todo parecía correcto, impecable…

Tuvo que interrumpirse, embargado por tal arrebato de furia que no pudo evitar desahogarse inmediatamente:

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea!… Si no es tanto su pillería lo que me enoja, es más su repugnante comportamiento hacia un amigo como yo. ¡Se ha cachondeado bien de mí! ¡Como lo oye, madame Burle!… ¡Maldito sea! ¿Acaso me toma por un viejo imbécil?

—¿Ha robado, entonces? —volvió a preguntar madame Burle.

—Hoy —prosiguió el mayor, un poco más tranquilo—, según salgo de cenar, aparece Gagneux… ¿Lo conoce usted? Es el carnicero que está en la esquina de la *Place aux Herbes*. Otro bribón de la peor especie, el Gagneux este, que ha logrado la adjudicación de la carne ¡Y que alimenta a nuestros hombres con todas las vacas que revientan de viejas por los alrededores!… ¡Bien!, pues lo recibo como a un perro, como lo que es, cuando me desvela todo el pastel. ¡Ay, menudo tinglado! Parece ser que Burle tan solo le pagaba anticipos; ¡unos chanchullos de cuidado!, ¡un lío de cifras que ni el diablo las comprende! Vamos, que Burle le debe dos mil francos y el carnicero amenaza con ir a soltar todo el cuento al coronel si no se le paga inmediatamente… Y lo peor de todo es que el muy cerdo de Burle, para liarme a mí, me entregaba cada semana un recibo falso que él mismo firmaba directamente como Gagneux… ¡Hacerme eso a mí!… ¡Esa farsa, a su viejo amigo! ¡Maldito sea mil veces!

El mayor se alzó esgrimiendo los puños hacia el techo y se desplomó en la silla. Madame Burle se limitó a insistir:

—Entonces, ha robado.

Tras lo cual, sin una sola palabra de reproche y condena hacia su hijo, añadió simplemente:

—Pero no tenemos dos mil francos; como mucho, tendremos treinta, ahora mismo.

—Me lo temía —dijo Laguitte—. ¡Y adivine usted a dónde ha ido a parar todo el dinero! Pues a la Mélanie, una buena lianta que tiene a Burle medio atontado… ¡Ay, las mujeres! ¡Le tengo bien dicho que van a acabar con él! ¡No sé de qué madera está hecho, el muy animal! Solo tiene cinco años menos que yo y sigue desatado. ¡Menuda naturaleza!

Se produjo un nuevo silencio. La lluvia arreciaba fuera y se podía oír, en la pequeña ciudad dormida, el estrépito de los tubos de chimenea y de las tejas de pizarra que la ventisca estrellaba contra el adoquinado de las calles.

—Venga —dijo el mayor levantándose—. De nada sirve quedarse aquí pasmado… Ya lo sabe usted todo. Me voy.

—¿Qué hacer? ¿A quién recurrir? —murmuraba la anciana.

—No se desespere, ya se verá… ¡Si yo tuviera dos mil francos…! Pero ya sabe usted que no soy rico.

Se calló, un tanto avergonzado. Él, solterón, sin mujer ni hijos, se bebía escrupulosamente su paga en coñac y absenta y perdía en el ecarté lo que hubiera sobrado. Por lo general, es cierto, todo de forma muy honesta.

—¡No pasa nada! —prosiguió cuando ya se hallaba en el umbral de la salida—. Voy a husmear un poco en casa de la doncella, a ver si encuentro ahí a nuestro canalla. Removeré Roma con Santiago… ¡Burle, el hijo de Burle, condenado por robo! ¡Venga ya! ¡Eso no es posible! Sería el fin del mundo. Antes volaría toda la ciudad en pedazos… ¡Pardiez!, no se apene. ¡Todo esto resulta mucho más hiriente para mí!

Le dio a la anciana un vigoroso apretón de manos y desapareció por la sombra de la escalera, mientras ella lo iluminaba alzando su lámpara. Cuando volvió a posarla en la mesa, en medio del silencio y de la desnudez del amplio cuarto, permaneció unos instantes inmóvil, ante Charles que seguía durmiendo con la cara entre las páginas del diccionario. Con sus largos cabellos rubios, parecía la pálida cabeza de una muchacha que estuviera soñando.

Cierta ternura asomó en el rostro endurecido y cerrado de la abuela, pero no fue sino un rubor pasajero, pues la máscara retomó enseguida su fría tozudez. Aplicó un golpe seco en la mano del pequeño, diciendo: «¡Charles!, ¡tu traducción!». El niño se despertó sobresaltado, tiritando de frío, y se puso de nuevo a hojear rápidamente el diccionario. En ese preciso instante, el mayor Laguitte, que acababa de dar un buen portazo en la salida a la calle, recibió tal bolsa de agua procedente de los canalones, que pudieron escuchar perfectamente sus juramentos entre la barahúnda de la tormenta. Tras lo cual, ya no se oyó otra cosa más que el estrépito de la lluvia y el leve chirrido de la pluma de Charles garabateando el papel. Madame Burle retomó su asiento frente a la chimenea, estirada, con los ojos clavados en el fuego muerto, con su inflexibilidad e inalterabilidad de todas las noches.

II

El Café de París, de la viuda madame Mélanie Cartier, estaba situado en la *Place du Palais*, una gran plaza irregular, llena de pequeños olmos polvorientos. En Vauchamp se solía decir: «¿Vamos a donde la Mélanie?». Al final de la primera sala, bastante amplia, había otra sala, que llamaban «El diván»; muy estrecha, con los muros flanqueados de banquetas de *moleskine* y cuatro mesas de mármol en las esquinas. Ahí era donde madame Cartier, desertando de la barra, que dejaba a cargo de su criada Phrosine, pasaba las *soirées* con algunos clientes habituales, los más íntimos, los que eran llamados en la ciudad: «Los caballeretes del diván». Era algo que daba renombre. Los demás se dirigían a ellos con sonrisas llenas de desdén y de sorda envidia.

Madame Cartier había enviudado a los veinticinco años. Su marido, un carpintero carretero, había dejado boquiabierta a toda la ciudad al hacerse cargo del Café de París tras la muerte de un tío suyo. Un buen día volvió de Montpellier —adonde viajaba cada seis meses para proveerse de licores— con Mélanie bajo el brazo. Estaba

mejorando el negocio y, junto a sus suministros, se trajo igualmente a una mujer a su gusto, seductora y que atrajera clientela. Nunca se supo de dónde la había sacado, pero en cualquier caso, no se casó con ella hasta probarla durante seis meses detrás de la barra. Las opiniones, sin embargo, estaban divididas en Vauchamp: según unos, Mélanie era estupenda; según otros, eran un gendarme. Era un mujerón, con las facciones acentuadas y un cabello fuerte que caía sobre sus cejas. Pero nadie podía negar su habilidad para «enredar a los hombres». Tenía unos hermosos ojos de los que abusaba plantándolos sobre sus caballeretes, que palidecían y se sentían más ligeros. Además, se decía que tenía un cuerpo soberbio y eso gusta mucho en el Midi.

Cartier murió de una manera un tanto extraña. Se rumoreó de una pelea entre esposos, de un absceso derivado de un puntapié propinado en el vientre. En cualquier caso, Mélanie se vio de repente en apuros, pues el café no prosperaba precisamente. El carretero se había bebido en absenta y jugado al billar el dinero heredado de su tío. Durante un tiempo, pareció que se iba a ver obligada a venderlo. Pero le gustaba la vida de café y el lugar parecía ideal para ser regentado por una

dama. Tan solo le faltaba algunos parroquianos fieles; que la gran sala estuviera siempre vacía no le importaba demasiado. Se limitó pues a empapelar el diván con papel blanco y dorado y a renovar el *moleskine* de sus banquetas. El primer parroquiano a quien dar compañía fue un boticario, al que siguieron un fabricante de fideos, un abogado y un magistrado jubilado. Así que el café permaneció abierto, a pesar de que el *garçon* no llegaba a servir ni veinte consumiciones al día. Las autoridades toleraban el lugar porque se guardaban las formas y, al fin y al cabo, mucha gente respetable se hubiera visto comprometida en caso de ser cerrado.

En la sala grande aún se reunían cuatro o cinco pequeños rentistas del vecindario que pasaban las tardes entre partidas de dominó. No parecieron notar la muerte de Cartier ni el cambio de ambiente del Café de París y mantuvieron sus hábitos. Pero el *garçon* cada vez tenía menos quehaceres, así que Mélanie acabó despidiéndolo. Phrosine se encargaba de encender una sola lámpara en un rincón, donde los rentistas echaban la partida. De vez en cuando alguna bandada de jóvenes, atraídos y excitados por las historias que se contaban sobre Mélanie, invadía la sala, con risotadas

escandalosas e intimidadas. Pero eran acogidos con aires de fría dignidad y la patrona, o bien no hacía acto de presencia o, si se hallaba en la sala, los aplastaba con un desprecio de mujer hecha y derecha que los reducía a balbuceos. Mélanie era demasiado inteligente como para dejarse llevar por chiquilladas. Mientras la sala grande permanecía sumida en la oscuridad, tan solo iluminada en el rincón donde los rentistas movían mecánicamente sus fichas de dominó, ella misma se ocupaba de servir a los caballeretes del diván, sin reparar en gentilezas, permitiéndose incluso, en las horas de mayor abandono, la libertad de apoyarse en el hombro de alguno de ellos para seguir con atención alguna jugada fina de ecarté.

Una tarde, estos caballeretes, que finalmente se habían habituado a tolerarse entre ellos, tuvieron una desagradable sorpresa al hallar al capitán Burle instalado en el diván. Parece ser que había entrado casualmente por la mañana a tomarse un vermú y, estando solo con Mélanie, se pusieron a charlar. Cuando volvió por la tarde, Phrosine en seguida lo hizo pasar al diván.

Dos días después, Burle ya era el dueño y señor del lugar, sin que por ello dejaran de asistir el boticario, el

fabricante de fideos, el abogado o el viejo magistrado. El capitán, pequeño y ancho, adoraba a los mujerones. En el regimiento lo habían apodado «Alzafaldas», debido a su insaciable hambre de mujeres, a sus incontenibles apetitos que satisfacía en cualquier lugar y de cualquier forma, tanto más violenta cuanto más carne hubiera a la que hincarle el diente. Cuando los oficiales, e incluso los simples soldados, se topaban con un buen odre reventón de carne prieta, cuyos encantos desbordaban en rolliza grasa, exclamaban, ya estuviera cubierta de harapos o de terciopelo: «¡Esta es para el condenado Alzafaldas!». Y todas acababan pasando por sus manos. Por la noche, en los barracones, muchos predecían que algún día las mujeres lo reventarían. Por lo que Mélanie, con toda la lozanía de su cuerpo de mujer, se hizo totalmente con él, con un poder irresistible. Él se rindió y se abismó en ella. Al cabo de quince días, había caído en un atolondramiento de gordinflón enamorado que se vacía por dentro sin dejar por ello de estar inflado. Sus ojillos, perdidos en medio de su abotagado rostro, seguían a la viuda a todas partes, con una mirada de perro apaleado. Este mujerón de fuerte pelambrera lo mantenía perdido en un continuo éxtasis. Por miedo a que lo pusiera a dieta, como él mismo decía, toleraba a los caballeretes

del diván y entregaba hasta el último céntimo de su paga. Fue un sargento el que halló la expresión más acertada para describir la situación: «Alzafaldas ha encontrado su agujero y ya no va a salir de ahí». ¡Era un hombre enterrado!

Ya eran casi las diez cuando el mayor Laguitte irrumpió furiosamente en el Café de París. Tras la puerta, violentamente batida de par en par, se pudo ver durante unos instantes la *Place du Palais*, oscura, convertida en un pantano de fango líquido, en ebullición bajo la tremenda lluvia. El mayor, calado ya hasta los huesos, dejó tras de sí el rastro de un río según se dirigía al mostrador, donde Phrosine estaba leyendo una novela.

«¡Mala pécora! —gritó—. ¿Cómo te atreves a burlarte de un militar…? ¡Merecerías…!» Y alzó la manaza, amagando un tortazo de los que tumbarían a un buey. La pequeña criada reculaba, aterrada, mientras los rentistas burgueses miraban boquiabiertos, sin comprender nada. Pero el mayor no quiso entretenerse; empujó la puerta del diván y se dio de bruces con Burle y Mélanie, justo cuando esta se dedicaba a dar zalameramente cucharaditas de ponche al capitán, como una gallina

llenando el buche de su polluelo favorito. Esa noche tan solo se habían dejado caer por ahí el magistrado jubilado y el boticario, y ambos, poco animados, se habían retirado temprano. Así que Mélanie, que necesitaba trescientos francos para el día siguiente, aprovechaba la ocasión para ponerse mimosa. «Vamos, a ver ese pico… Una por mamá, otra por papá… ¡A que está rico, gordito!». El capitán, sonrosadote, repantigado, con los ojos en blanco, chupaba la cucharilla con profundo deleite.

«¡Maldita sea! —berreó el mayor, plantado en el umbral—. ¡Así que ahora te dedicas a esconderte tras las faldas! ¡Me dicen que te has ido, me echan a la puerta, y mientras tú estás aquí, regodeándote!». Burle se sobresaltó, apartando el ponche. Mélanie, con un gesto de irritación, se adelantó, como para protegerlo con su cuerpo. Pero Laguitte clavó en ella su mirada, con ese aire tranquilo y resuelto bien conocido por las mujeres cuando ven venir una bofetada.

«Déjenos», dijo simplemente el mayor. Ella vaciló durante unos instantes, pero creyó sentir en su rostro la brisa de un tortazo así que, pálida de rabia, fue a reunirse con Phrosine en la barra.

Cuando por fin se quedaron a solas, el mayor Laguitte se plantó delante del capitán Burle con los brazos en jarra e, inclinándose, le gritó en plena cara: «¡Cerdo!». El capitán, desconcertado, quiso enfadarse, pero no le dio tiempo. «¡A callar!, ¡que buena me la has jugado! ¡Hacer esto a un amigo! Me has colado recibos falsos que bien podrían dar con nuestros huesos en galeras. ¿Te parece todo esto normal? ¿Te parece normal hacerme esta jugarreta, a mí, que nos conocemos desde hace treinta años?».

Burle se desplomó en su silla con el rostro lívido. Un escalofrío febril estremecía todos sus miembros. El mayor prosiguió vociferando y descargando puñetazos en las mesas mientras daba vueltas por la sala.

—¡Así que ahora te dedicas a sisar, como un vulgar ratero de poca monta, y todo por esta mulastra! Si todavía hubieras robado por tu madre, sería otra cosa. Pero ¡Demontre!, lo que me saca realmente de quicio es que nos distraigas dinero para venir a traerlo a este cuchitril… ¡Dime!, ¿qué tienes en la mollera para liarte, a tu edad, con semejante sargentaza! ¡Y no me mientas, que acabo de pillaros haciendo cochinaditas!

—Pues tú tampoco te quedas corto con tu vicio del juego… —tartamudeó el capitán.

—¡Sí, diablos, soy un podrido jugador! —replicó el mayor, más furioso aún ante la impertinencia—. ¡Yo me juego hasta los calcetines y no es precisamente algo que aporte gran gloria al ejército francés! Pero ¡maldita sea!, ¡yo juego, no robo! ¡Revienta tú, si es lo que quieres!, ¡deja morir de hambre a tu vieja y al mocoso!, ¡pero respeta la caja y no metas en líos a tus amigos!

Se calló. Burle mantenía la mirada fija, con aspecto de imbécil. Durante un momento, tan solo se oían los taconeos del mayor.

—¡Y encima estás sin blanca! —prosiguió este con enojo—. ¿Qué te parecería verte rodeado de gendarmes? ¡Ay, cretino!

Por fin, se calmó y lo levantó, tomándolo por la muñeca.

—¡Venga, ven! Hay que hacer algo inmediatamente. No quiero acostarme con todo esto rondándome la cabeza… Tengo una idea.

En la sala grande, Mélanie hablaba muy exaltada, aunque en voz baja, con su criada. Cuando vio salir a los dos hombres, se atrevió a acercarse para decirle a Burle, con tono aflautado:

—¿Cómo, capitán, ya nos deja usted?

—¡Sí, ya se va! —respondió Laguitte con brutalidad—. ¡Y estate segura que jamás volverá a poner los pies en tu sucio antro!

La pequeña criada, asustada, tiró del vestido de su ama. Esta tuvo la desafortunada idea de murmurar «borrachuzo». El mayor lanzó de repente el bofetón que le ardía en la mano desde hacía un tiempo. Pero ambas mujeres se agacharon oportunamente, así que tan solo golpeó el moño de Phrosine, aplastó el bonete y rompió su peine. Los pequeños rentistas lanzaron una exclamación de indignación. «¡Diablos, larguémonos de aquí!», dijo Laguitte, empujando a Burle a la calle. «Como me quede un rato más, me lío a tortazos con todos ahí dentro».

Una vez fuera, para atravesar la plaza tuvieron que chapotear hasta los tobillos. La lluvia, empujada por el viento, chorreaba por sus rostros. Mientras el capitán

avanzaba en silencio, el mayor se puso a reprocharle sus tejemanejes aún con mayor viveza. ¡Linda noche para andar callejeando!, ¿no le parecía? Si no hubiera hecho tantas tonterías, ambos estarían ya calentitos en sus camas, en vez de estar chapoteando por ahí. Tras lo cual, se puso a despotricar contra Gagneux. ¡Un cretino cuya carne estropeada ya había provocado tres cólicos a todo el regimiento! Dentro de ocho días terminaba el contrato con él. ¡No volverían a adjudicárselo ni aunque fuera el propio diablo!

«¡Depende de mí!, ¡yo escojo a quien quiero! —rugía el mayor—. ¡Prefiero que me corten un brazo antes que ese envenenador gane un ochavo más a nuestra costa!». Se tropezó, y cayó en un riachuelo que lo cubrió hasta las rodillas; con la voz ahogada entre juramentos, añadió: «¿Sabes lo que te digo? Que voy a subir a su casa… Tú me esperas en la puerta… ¡A ver si ese crápula tiene lo que hay que tener y todavía se atreve a ir mañana a hablar con el coronel, como ha amenazado! ¡Con un carnicero, demonios!, ¡mira que comprometerte con un carnicero! ¡Ah, estarás orgulloso! ¡Esto no te lo perdono en la vida!».

Llegaron a la *Place aux Herbes*. La casa de Gagneux estaba a oscuras, lo que no impidió a Laguitte propinar

violentos aldabonazos en la puerta hasta que le abrieron. El capitán Burle se quedó solo en la espesa noche, pero ni siquiera se le ocurrió ponerse a cubierto. Permaneció plantado en una esquina del mercado, de pie bajo una lluvia torrencial, con un zumbido en la cabeza que le impedía pensar. No se aburrió, porque había perdido la percepción del tiempo. La casa, con su puerta y sus ventanas cerradas, parecía muerta; él simplemente la miraba. Cuando el mayor salió, al cabo de una hora, al capitán le pareció que apenas acababa de entrar.

Laguitte, con aspecto sombrío, no dijo nada. Burle no se atrevió a preguntarle. Durante unos instantes se buscaron en las tinieblas, intuyendo dónde estaba cada uno, tras lo cual retomaron el paso por las calles oscuras, donde el agua corría como si se tratara del lecho de un río. Andaban así uno junto a otro, lejanos y enmudecidos. El mayor, sumido en su silencio, ya ni siquiera lanzaba juramentos. Sin embargo, como volvieron a pasar por la *Place du Palais* y el Café de París seguía iluminado, palmeó el hombro de Burle diciéndole:

—Como vuelvas a entrar en ese antro…

—¡No te preocupes! —respondió el capitán, antes de que acabara la frase. Y le tendió la mano, pero Laguitte replicó:

—No, no, te acompaño hasta la puerta de tu casa. Así me aseguro que por lo menos esta noche no vuelves ahí.

Continuaron andando hasta la calle de Récollets, donde ambos ralentizaron el paso. Ya frente a su puerta, el capitán, tras haber sacado su llave del bolsillo, por fin se decidió a preguntar:

—¿Y bien?

—¡Y bien! —repitió el mayor con rudeza—. Soy tan canalla como tú… Sí, he cometido una canallada… ¡Ay! ¡Maldita sea! ¡Vete al diablo! Nuestros soldados seguirán comiendo vaca podrida durante los próximos tres meses.

Y le explicó que Gagneux, el muy sinvergüenza, era un sibilino que, poco a poco, se había llevado el gato al agua: no iba a ir a hablar con el coronel, incluso iba a perdonar los dos mil francos sustituyendo los recibos falsos por verdaderos firmados por él, a cambio de que el mayor le garantizara la próxima adjudicación del suministro de

carne. El asunto estaba cerrado. «¿Qué te parece? —lanzó Laguitte—. ¡Ya tiene que ganar, el muy canalla, para soltarnos tan alegremente dos mil francos!».

Burle, mudo de emoción, había aferrado las manos del mayor. Tan solo fue capaz de balbucear unos confusos agradecimientos. La indecencia que acababa de cometer su amigo para salvarlo le había llegado al corazón.

El mayor gruñó: «Es la primera vez que hago algo parecido. Pero había que hacerlo… ¡Qué diablos! Mira que no tener ni dos mil francos ahorrados… Es para cogerle asco al juego y no volver a tocar ni una carta. ¡Peor para mí! Si es que no tengo ni dónde caerme muerto… Pero escucha: ¡Como vuelvas a hacer algo parecido, la próxima vez no te va a ayudar ni el propio Belcebú!».

El capitán lo abrazó y entró a su casa. El mayor permaneció un momento ante su puerta para asegurarse de que se acostara. Sonaron las doce y la lluvia seguía barriendo la oscura ciudad, así que se dirigió dificultosamente hacia su casa. Estaba apenado por la suerte de sus hombres. Se detuvo para decir en alto, en un tono lleno de piadosa ternura: «¡Pobres diablos! ¡Van a tener que comer vaca reseca por dos mil francos!».

III

En el regimiento, la noticia cayó como una bomba. ¡Alzafaldas había roto con la Mélanie! Al cabo de una semana, la cosa parecía comprobada, innegable: el capitán ya ni se asomaba por el Café de París. Se decía que el boticario había ocupado su sitio aún caliente, para mayor desgracia del viejo magistrado. Y, lo que resultaba más increíble era que el capitán Burle vivía enclaustrado en la calle de Récollets. Efectivamente, se recogía pronto y pasaba las veladas junto a la chimenea, tomando la lección al pequeño Charles. Su madre, que no le había insinuado ni una palabra sobre sus tejemanejes con Gagneux, mantenía ante él su severa rigidez, pero sus miradas decían que lo creía curado.

Quince días después, el mayor Laguitte se hizo invitar a cenar. Se sentía algo incómodo ante la idea de volver a encontrarse con Burle, no tanto por él mismo, sino más bien por el propio capitán, pues temía despertar en él malos recuerdos. Sin embargo, puesto que Burle parecía reformado, quería darle un buen apretón de manos y tomar algo juntos. Era algo que le apetecía hacer.

Burle estaba en su habitación cuando llegó Laguitte. Fue madame Burle la que lo recibió. Tras decir que venía a probar la sopa, añadió en voz baja:

—¿Y?

—Todo bien —respondió la anciana.

—¿Nada sospechoso?

—Nada en absoluto. Se acuesta a las nueve, nunca se ausenta y parece feliz.

—¡Ah, diantre! ¡Qué bien! —exclamó el mayor—. Ya sabía yo que bastaba con un buen empellón. Todavía le queda corazón, al muy bruto.

Cuando Burle apareció, le apretó las manos hasta casi hacerle daño. Ante la chimenea, antes de ir a la mesa, charlaron tranquilamente, ponderando las plácidas alegrías hogareñas. El capitán aseguraba que no cambiaba su casa ni por un reino, una vez que se había quitado los tirantes, puesto las pantuflas y tendido en su sofá. El mayor asentía, examinándolo detenidamente. Sin duda, la vida decente no lo ayudaba precisamente a adelgazar,

pues estaba aún más inflado, con los ojos hinchados y los labios reventones. Hablaba como medio adormilado, bien aposentado en sus carnes, repitiendo: «¡No hay como la vida en familia! ¡Ah, la vida en familia!».

—Eso está muy bien —dijo el mayor, inquieto al verlo tan apoltronado—, pero tampoco exageremos. Haz un poco de ejercicio; déjate caer, de vez en cuando, por algún café…

—¿Un café?, ¿a qué fin? Aquí tengo todo lo que necesito. No, no, yo prefiero quedarme en mi casita.

Mientras Charles recogía sus libros, entró una criada para poner la mesa, lo que sorprendió a Laguitte.

—¡Vaya! ¿Ha cogido usted a alguien? —preguntó a madame Burle.

—No me ha quedado otra —respondió esta, suspirando—. Mis piernas ya no me aguantan y la casa estaba patas arriba… Por suerte, el viejo Cabrol me ha confiado a su hija. ¿Conoce usted a Cabrol, ese viejito que se encarga de barrer el mercado? No sabía qué hacer con Rose. Le estoy enseñando un poco de cocina.

La criada salió.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el mayor.

—Apenas diecisiete años. Es tonta y sucia, pero se conforma con diez francos al mes y no come más que sopas.

Cuando Rose regresó con un montón de platos, Laguitte, que no solía fijarse demasiado en las muchachas, la siguió sin embargo con la mirada, sorprendido de ver a una tan poco agraciada. Era pequeña, muy oscura, ligeramente jorobada; su cara era un tanto simiesca, con la nariz aplastada, una boca enorme y unas rendijas donde brillaban unos ojillos verduzcos. Una amplia riñonada y sus largos brazos le daban un aspecto muy sólido.

Según volvió a salir a por la sal y la pimienta, Laguitte, animado, exclamó:

—¡Pardiez! ¡Menudo adefesio!

—¡Bah! —murmuró Burle distraídamente—. Es muy dispuesta, hace todo lo que le pidas. Para lo que tiene que hacer, es suficiente.

La cena fue un éxito. Hubo puchero y ragú de cordero. Le pidieron a Charles que contara historietas de su colegio. Madame Burle, para demostrar lo encantador que era, le hizo varias preguntas: «¿No es cierto que quieres ser militar?». Una sonrisa se dibujaba en sus pálidos labios cuando el pequeño respondía, con la sumisión asustadiza de un perrillo amaestrado: «Sí, abuela». El capitán, con los codos plantados en la mesa, mascaba pausadamente, absorto. El calor ascendía. La única lámpara que iluminaba la mesa dejaba los rincones de la amplia sala sumidos en una vaga oscuridad. Flotaba un espeso bienestar, una intimidad de personillas poco afortunadas que no cambiaban de plato todos los días y que una fuente llena de natillas servidas en el último momento resultaba suficiente para colmar de felicidad.

Rose, cuyos fuertes pisotones ponían la mesa en danza mientras se afanaba detrás de los comensales, aún no había abierto la boca, hasta que se plantó cerca del capitán y le preguntó con un tono ronco:

—¿Monsieur, va a querer queso?

—¿Eh?, ¿cómo? —Burle pegó un respingo—. ¡Ah! Sí, queso… ¡Pero coge bien el plato!

Cortó un trozo de queso de gruyer mientras la muchacha, ahí plantada, lo contemplaba desde sus rendijas. Laguitte se reía. Desde el comienzo de la cena, Rose le parecía una gran fuente de diversión. Bajó el tono de voz para susurrarle al capitán al oído: «No, en serio, ¡es pasmosa! Esa nariz y esa boca son lo nunca visto… Un día tienes que llevarla al coronel, para que la vea un rato. Eso lo distraerá un poco».

Su fealdad despertaba en él un entusiasmo paternal. Quería verla más de cerca. «Oye, hijita, ¿y yo? También yo quiero queso».

Se acercó con el plato y el mayor, con el cuchillo plantado en el gruyer, se extasiaba contemplándola, lanzado risillas al descubrir que una de las aletas de su nariz era más grande que la otra. Rose, imperturbable, se dejaba observar, a la espera de que el invitado terminara de reírse.

Recogió la mesa y desapareció. El capitán se quedó en seguida dormido, cerca de la chimenea, mientras el mayor y madame Burle charlaban. Charles había retomado sus deberes. Flotaba una enorme paz por toda la sala, esa paz de las familias burguesas bien avenidas

reunidas en torno al fuego. A las nueve, Burle se despertó bostezando y declaró que iba a acostarse; se disculpó, pero, muy a su pesar, los ojos se le cerraban. Cuando el mayor ya marchaba, media hora después, madame Burle buscó en vano a Rose, para que lo acompañara con una lámpara hacia la salida, pero debía ya de haber subido a su habitación. Una auténtica gallina, la muchacha, que podía estar doce horas roncando a pierna suelta.

«No moleste a nadie —dijo Laguitte, ya en el rellano—. No es que mis piernas sean mejores que las suyas, pero con el pasamanos no me romperé nada… En fin, estimada madame, estoy feliz. Por fin se han acabado sus penurias. He estudiado detenidamente a Burle y le aseguro que no oculta ninguna triquiñuela… ¡Diantre! ¡Ya era hora que se liberara de las faldas! Cada vez iba a peor».

El mayor se marchó encantado. Un hogar de gente decente, con los muros de cristal, donde no había manera de ocultar cochinadas.

De todo el encuentro, en el fondo lo que más le gustaba era que ya no tendría que verificar las cuentas del capitán. No había nada que lo fastidiara tanto como el papeleo. En la medida en que Burle volviera a ser de

confianza, él podría dedicarse a fumar sus pipas y a firmar papeles con los ojos cerrados. A pesar de lo cual, aún mantuvo un ojo abierto durante un tiempo. Pero los recibos eran auténticos, los saldos estaban perfectamente equilibrados, no había nada irregular. Al cabo de un mes, ya se dedicaba tan solo a hojear rápidamente los recibos y a comprobar los saldos finales, como siempre había hecho.

Pero una mañana, de repente, su mirada se detuvo en una suma, no por desconfianza, sino porque estaba encendiéndose la pipa; se percató que el total había sido forzado en trece francos para equilibrar el saldo, y no se trataba de un error de transcripción de cifras, pues las cotejó con los recibos. Le dio mala espina, pero no le dijo nada a Burle, sino que se propuso repasar las sumas. A la semana siguiente, nuevo error: diecinueve francos de menos. Esta vez, la inquietud lo asaltó: se encerró con las cuentas y dedicó toda una agónica mañana a rehacerlo todo, recalculando todas las sumas, sudando la gota gorda, lanzando terribles juramentos, con la cabeza a reventar de números. Y, a cada nueva suma, constataba el miserable siseo de unos pocos francos: diez aquí, ocho allá, once acullá; en las últimas operaciones, menos

aún: tres o cuatro francos; en una de ellas incluso, Burle había distraído tan solo un franco y cincuenta céntimos. Desde hacía dos meses, el capitán se dedicaba pues a roer miguitas de la caja. Cotejando fechas, el mayor dedujo que la celebrada reunión tan solo lo había refrenado durante apenas ocho días. Este descubrimiento fue la gota que colmó el vaso.

«¡Mil diablos endemoniados!», vociferaba solo, descargando puñetazos sobre las cuentas. «¡Esto es aún más asqueroso! Lo de los recibos falsos de Gagneux, por lo menos, tenía su audacia. Pero esto… ¡Demontre!, es más bajo que una criada sisando dos céntimos de la compra. ¡Mira que dedicarse a arañar las cuentas! ¡Para embolsarse franco y medio! ¡Pardiez! ¿Dónde queda tu orgullo, miserable? ¡Hubiera preferido que te llevaras la caja entera y que te la fundieras en una noche de juerga con actrices!».

El siseo de poca monta le resultaba aún más indignante. También estaba furioso por haber sido burlado de nuevo por un medio tan simple y tonto como el falsear las cuentas. Se levantó y estuvo una hora dando vueltas en su gabinete, sin saber qué hacer, lanzando voces.

«Esto ya es definitivo. Es un hombre acabado. Hay que hacer algo… Aunque le pegara un buen susto cada mañana, eso no iba a evitar que luego por la tarde se embolsara una monedita de tres francos… Pero ¡Diablos!, ¿qué hace con ese dinero? ¡Si ya no sale, se acuesta a las nueve y todo parece tan decente y tranquilo en su casa! ¿Acaso el muy cerdo tiene nuevos vicios desconocidos?».

Volvió a su mesa y contó las cantidades distraídas, que sumaban quinientos cuarenta y cinco francos. ¿De dónde sacar tal cantidad de dinero? La inspección precisamente iba a ser dentro de poco. Bastaba que al maniático del coronel se le ocurriera comprobar alguna suma para que se descubriera el pastel. Esta vez Burle estaba acabado.

Esta idea calmó al mayor. Ya no lanzaba juramentos, estaba helado, imaginándose a madame Burle, estirada y desesperada ante él. Estaba también tan angustiado por su propia suerte, que el corazón parecía a punto de salírsele del pecho.

«Veamos —murmuró—, lo primero que hay que hacer es aclarar qué historietas hay detrás de todo esto. Luego, ya habrá tiempo de actuar».

Se dirigió al despacho de Burle. Desde la acera de en frente, atisbó una falda que desaparecía por el hueco de su puerta. Pensando que estaba a punto de descubrir todo el pastel, se deslizó detrás y se puso a la escucha. Se trataba de Mélanie, reconoció su tono aflautado de mujerón. Se quejaba de los caballeretes del diván, hablaba de una letra que no sabía cómo iba a poder pagar; que los alguaciles ya estaban llamando a la puerta de su casa, que iba a tener que venderlo todo. Pero como el capitán apenas decía nada, salvo que no tenía ni un céntimo, acabó deshaciéndose en lágrimas. Se puso a tutearlo, llamándole «mi niño favorito». Pero por mucho que desplegara sus mayores encantos, estos no parecían surtir ningún efecto, pues la voz sorda del capitán seguía repitiendo: «¡Imposible! ¡Imposible!». Al cabo de una hora, Mélanie por fin se fue, hecha una furia. El mayor, estupefacto por el giro de los acontecimientos, esperó un momento antes de entrar en el despacho, donde el capitán se había quedado solo. Lo halló perfectamente tranquilo así que, a pesar de sus ganas de mandarlo tres veces al infierno, se contuvo, decidido como estaba a llegar antes hasta el fondo del asunto.

No había nada sospechoso en el despacho. Delante de la mesa de madera negra, sobre el asiento de rejilla del capitán, había un decente cojín de cuero; en un rincón, la caja del dinero parecía sólidamente cerrada, sin una sola muesca. El verano se acercaba y por la ventana se escuchaba el trino de un canario. Todo estaba en un orden impecable; de las cajas de cartón emanaba un olor a legajos que inspiraba confianza.

—¿No era la fulana de la Mélanie esa que acaba de salir? —preguntó Laguitte.

Burle alzó los hombros y murmuró:

—Sí. Ha venido haciéndose la zalamera a ver si lograba trincharme doscientos francos… Pero no le he dado ni un franco, ¡ni diez céntimos!

—¡Vaya! —replicó el mayor, sondeándolo—. Pues me han comentado que se habían vuelto a arrejuntar…

—¿Cómo?… ¡Qué va, para nada! Ya estoy harto de todas esas pelanduscas.

Laguitte se retiró, más estupefacto aún. ¿Qué había hecho pues con los quinientos cuarenta y cinco francos? ¿Acaso, el muy rastrero, había dejado las faldas para pasarse al vino y a la bebida? Se propuso intentar sorprender a Burle en su propia casa, esa misma tarde; tal vez pegando la hebra con él y con su madre lograra descubrir algo. Pero esa misma tarde su pierna comenzó a dolerle de una forma intolerable; no iba nada bien desde hacía algún tiempo, incluso se había tenido que resignar a usar un bastón, para no ir por ahí a trompicones, como un cojitranco. Pero el bastón lo desesperaba. Solía decir, con rabia contenida, que ya era un inválido. A pesar de todo, juntó toda su fuerza de voluntad, se levantó del sofá y se puso en manos de su bastón para arrastrarse por la oscura noche hasta la calle de Récollets. Sonaron las nueve cuando llegó. El portal estaba entreabierto. Iba resoplando por el tercer piso cuando escuchó ruido de voces en el piso superior. Creyó reconocer la voz de Burle y se acercó con curiosidad. Al fondo del pasillo, a la izquierda, una puerta dejaba pasar un haz de luz; al ruido de sus pisadas, la puerta se cerró y se encontró de repente sumido en la oscuridad más absoluta.

«¡Qué bobada! —se dijo—. Alguna cocinera que se va a acostar…».

A pesar de todo, se acercó lo más cautelosamente posible hasta la puerta para pegar el oído a la misma. Se oían dos voces charlando. Se quedó boquiabierto: se trataba del cerdo de Burle y del monstruo de la criada, Rose.

—Me prometiste tres francos —decía la criada con rudeza—. Dámelos.

—Cariñito, te los traeré mañana —insistía Burle, suplicante—. Hoy no ha podido ser… Ya sabes que siempre cumplo mis promesas.

—O me das tres francos o ya estás saliendo de aquí.

Ya debía de haberse desvestido y de estar sentada en el borde de su cama de correas, pues crujía a cada uno de sus movimientos. El capitán, de pie, pataleaba, hasta que se acercó.

—Sé buena, anda. Hazme un sitio.

—¡Quieres dejarme en paz! —gritó Rose, con tono torcido—. A que me pongo a gritar y le cuento todo a la vieja… ¡No hay sitio hasta que no me des tres francos!

No había manera de que cambiara de opinión. Parecía una bestia tozuda que se negaba a avanzar.

Burle se enfadó, lloró y, finalmente, para ablandarla, sacó de su bolsillo un tarro de confitura que había cogido del armario de su madre. Rose lo aceptó y lo vacío de inmediato, sin pan, con el mango de un tenedor que había en su cómoda. Estaba delicioso. Pero cuando el capitán creía haberla conquistado, volvió a rechazarlo con el mismo obstinado gesto: «¡No hay confituras que valgan! ¡Yo quiero los tres francos!».

Tras esta última exigencia, el mayor alzó su bastón como para partir la puerta en dos. Estaba a punto de estallar. ¡Mil demonios! ¡Maldita buscona! ¡Hacer tal cosa a un capitán del ejército francés! Ya se había olvidado de la falta de Burle, tan solo pensaba en estrangular a ese horror de mujer, a esa descarada. ¡Cómo se atrevía a andar con exigencias, semejante adefesio! ¡Era ella la que tenía que pagar! Finalmente, se retuvo para seguir escuchando.

—Me apena mucho lo que me haces —repetía el capitán—. Yo que he sido tan bueno contigo… Te he regalado un vestido, unos pendientes y un pequeño reloj. Pero ni siquiera te pones mis regalos.

—¡Vaya! ¿Para qué? ¿Para estropearlos? Papá se encarga de guardar bien mis cosas.

—¿Y todo el dinero que me has sacado?

—Papá me lo guarda también.

Se produjo un silencio. Rose estaba meditando.

—Escucha, si me prometes que mañana me traes seis francos, te hago un sitio. Ponte de rodillas y jura que mañana me traes seis francos… ¡No, no, de rodillas!

El mayor, estremecido, se alejó de la puerta y se quedó en el rellano, adosado al muro. Las piernas se le iban solas y blandía su bastón como si fuera un sable, en la oscura noche de la escalera. ¡Ay, diantre! ¡Ahora entendía por qué el cochino de Burle ya no salía de casa y se acostaba a las nueve! ¡Bonita conversación, ya te digo! ¡Y con una sucia pécora que ni el último de la tropa recogería de

un montón de basura! «¡Pero, maldita sea! —exclamó el mayor—. ¡Para esto, mejor que se hubiera quedado con Mélanie!».

¿Y ahora qué? ¿Entraba y los molía a palos a ambos? Esta fue su primera idea, pero en seguida se apiadó de la pobre anciana de la madre. Lo mejor era dejarlos con sus marranadas. El capitán ya era un caso perdido. Cuando un hombre caía tan bajo, ya no se podía hacer nada por él, salvo echarle una paletada de tierra encima para acabar de enterrarlo, como a una bestia podrida, para que no contamine al resto del mundo. Y por mucho que alguien le hundiera la nariz en su propia mierda, volvería a lo mismo al día siguiente; acabaría sisando céntimos para comprar dulces que ofrecer a pordioserillas pulgosas. ¡Mil demonios! ¡Con el dinero del ejército francés! ¡Y el honor de la bandera! ¡Y el apellido Burle, hasta ahora respetado, él lo estaba arrastrando por las cloacas! ¡Mil diablos endemoniados, esto no podía acabar así!

Pero un instante después, el mayor ya se había ablandado. ¡Si por lo menos tuviera él los quinientos cuarenta y cinco francos! Pero no tenía nada. La noche anterior, en la cantina de la pensión militar, tras haberse

emborrachado con coñac como un cadete, lo había perdido todo en el juego. ¡Se le estaba bien merecida la cojera! ¡Lástima que no hubiera reventado!

Dejó a los dos tortolitos que retozaran, descendió y llamó a madame Burle. Pasaron unos buenos cinco minutos hasta que la anciana vino a abrirle.

—Discúlpeme —dijo—. Pensaba que esa marmota de Rose seguía por aquí… Tendré que ir a sacudirla un poco de su cama.

Pero el mayor la retuvo.

—¿Y Burle? —preguntó.

—¡Oh! Ese lleva roncando desde las nueve… ¿Quiere usted ir a llamar a la puerta de su dormitorio?

—No, no… Tan solo quería darle a usted las buenas noches.

En el comedor, Charles, sentado como siempre ante la mesa, acababa de terminar su traducción. Pero parecía aterrorizado; sus manitas blancas temblaban. Su abuela,

antes de enviarlo a la cama, le leía relatos de batallas, para desarrollar en él el espíritu heroico familiar. Esa noche, la historia del Vengeur, una nave repleta de moribundos tragada por el vasto océano estuvo a punto de provocar en el niño una crisis nerviosa, y le llenó la cabeza de horribles pesadillas.

Madame Burle pidió al mayor que asistiera al final de la lectura. Tras la misma, cerró el libro con gran solemnidad con las palabras del último marinero: «¡Viva la república!». Charles estaba más pálido que una sábana.

—¿Lo has oído? —dijo la anciana—. El deber de todo soldado es el de morir por la patria.

—Sí, abuela.

Dio un beso en la frente de madame Burle y se fue, tembloroso, a acostarse en su enorme habitación, donde el mínimo crujido de la madera le provocaba sudores fríos.

El mayor se había quedado escuchando con gravedad. Sí, ¡diablos!, el honor era el honor. No podía dejar que el cretino de Burle deshonrara a la pobre vieja y al mocoso.

Puesto que el niño sentía tanta afición por la vida militar, tenía que poder entrar en la Escuela de Saint-Cyr con la cabeza bien alta. Sin embargo, el mayor no acababa de decidirse a intentar un plan de lo más audaz que lo rondaba tras haber escuchado ahí arriba la historia de los seis francos, cuando madame Burle tomó la lámpara para acompañarlo. Según pasaban ante la habitación del capitán, ella se sorprendió al ver la llave en la puerta, lo que no era habitual. «Entre usted pues a verlo —le dijo ella—, no es bueno que duerma tanto, se está embruteciendo». Y antes de que se lo pudiera impedir, abrió la puerta y se quedó helada al hallar el dormitorio vacío. Laguitte se ruborizó, mostrándose tan avergonzado, que ella lo comprendió todo de golpe, conectando mil pequeños detalles. «¡Usted lo sabía! ¡Usted lo sabía! —tartamudeaba—. ¿Por qué no me advirtió? ¡Dios santo! ¡En mi casa, al lado de su hijo, con esa lavandera, con ese monstruo! ¡Ha vuelto a robar!, ¿no es así? Lo presiento». Se quedó estirada, blanca, rígida; añadió, con un tono duro: «¿Sabe lo que le digo?, ¡que preferiría que estuviera muerto!».

Laguitte tomó sus dos manos y las mantuvo durante un momento apretadas entre las suyas. Tras lo cual

desfiló, pues un nudo le atravesaba la garganta y estaba a punto de echarse a llorar. ¡Ay, mil demonios, ahora ya estaba decidido a intentarlo!

IV

La inspección general estaba programada para finales de mes. El mayor contaba pues con diez días. Al día siguiente, se arrastró a trompicones hasta el Café de París, donde pidió una caña. Mélanie palideció al verlo y Phrosine se resignó a servirle la cerveza con miedo a recibir una bofetada. Pero el mayor no parecía buscar guerra. Pidió una silla para estirar su pierna, tras lo cual se tomó la caña con la tranquilidad de cualquier cliente sediento. Llevaba una hora ahí cuando vio pasar por la *Place du Palais* a dos oficiales, al jefe de batallón Morandot y al capitán Doucet. Los llamó, agitando escandalosamente el bastón. «¡Vengan a tomar una cañita conmigo!», les gritó en cuanto se acercaron un poco. Los oficiales no se atrevieron a negarse. Cuando la criada ya les había servido, Morandot preguntó al mayor:

—¿Así que ahora usted para por aquí?

—Sí, la cerveza no está nada mal.

El capitán Doucet guiñó los ojos con travesura.

—¿Pertenece usted al diván, mayor?

Laguitte se echó a reír, pero no respondió. Entonces comenzaron a bromear sobre Mélanie, mientras el mayor alzaba los hombros con aire inocente. Al fin y al cabo, no dejaba de ser toda una mujer y muchos de los que fingían desdeñarla hubieran hecho en realidad muchas tonterías por tenerla. El mayor se giró hacia la barra y, con tono de buen chico, dijo: «¡Madame, más cañas!».

Mélanie estaba tan sorprendida que se levantó para servirles ella misma las cervezas. Cuando ya estaba ante la mesa, el mayor la retuvo; incluso se permitió la libertad de darle unas palmaditas en una mano que ella había posado en el respaldo de una silla. Acostumbrada como estaba a las carantoñas y caricias, se puso zalamera, pensando que el viejo escombro —como acostumbraba a llamarlo con Phrosine— ya chocheaba. Doucet y Morandot no paraban de intercambiar miradas. ¡Será posible! ¡El bueno del mayor había ocupado el lugar de Alzafaldas! ¡Ah, caramba, lo que se iban a reír en el regimiento!

De repente Laguitte, que a través de la puerta abierta vigilaba de refilón la *Place du Palais*, exclamó:

—¡Miren, ahí va Burle!

—Sí, es su hora —dijo Phrosine, acercándose ella también—. El capitán pasa por ahí todas las tardes, al salir de la oficina.

El mayor, a pesar de su pierna, se levantó, tropezó con varias sillas y gritó: «¡Eh, Burle! ¡Ven para acá! ¡Tómate a una cañita, hombre!».

El capitán, estupefacto, incapaz de comprender qué podía hacer Laguitte en el café de Mélanie, con Doucet y Morandot, se dirigió hacia allá mecánicamente. Se le acababan de derrumbar un montón de ideas hechas. Se detuvo en el umbral, aún dubitativo.

—¡Otra caña! —pidió el mayor, girándose, y dijo—. ¿Qué te pasa? ¡Entra pues y siéntate! ¡Que no te vamos a comer!

Cuando el capitán se sentó, se produjo un momento de incomodidad general. Mélanie trajo la caña con un ligero temblor en las manos, torturada por el continuo temor a que se produjera una escena que supusiera el cierre del local. Ahora, la galantería del mayor la inquietaba. Trató

de esquivar la invitación a tomar algo con los caballeros, pero el mayor, como si fuera el dueño de la casa, ya había pedido un anisete a Phrosine y Mélanie se vio obligada a sentarse entre él y el capitán. Repetía, de forma tajante: «Ante todo, respeto a las damas… ¡Seamos caballeros franceses, pardiez! ¡A la salud de madame!».

Burle, con los ojos clavados en su jarra, mostraba una sonrisa forzada. Los otros dos oficiales, superados por la situación, intentaron irse. Afortunadamente, la sala estaba vacía. Tan solo estaban los pequeños rentistas en su mesa, echando la partida de la tarde, mirando de refilón a cada juramento, escandalizados de que hubiera tanta gente y dispuestos a amenazar a Mélanie con irse al café de la estación antes que tener que soportar una invasión de la tropa. Las moscas zumbaban, atraídas por la suciedad de las mesas que Phrosine tan solo limpiaba los sábados. Instalada en la barra, la pequeña criada había retomado su novela.

«¿Y bien? ¿No brindas con madame? —dijo con rudeza el mayor a Burle—. ¡Un poquito de educación, por favor!». Y, como Doucet y Morandot volvían a hacer amago de levantarse, prosiguió: «¡Espera, demontre! Nos

vamos juntos… ¡Por culpa de este animal, que nunca ha sabido comportarse!».

Los dos oficiales permanecieron de pie, sorprendidos por la brusca ira del mayor. Mélanie intentó poner paz, con su risa de mujer complaciente, tomando los brazos de ambos hombres. Pero Laguitte prosiguió: «No, déjeme… ¿Por qué no quiere brindar? ¡No dejaré que la insulte, madame!, ¿está claro? ¡Ya empiezo a estar harto de este cerdo!». Burle, muy pálido tras el último insulto, se levantó y dijo a Morandot: «¿Pero qué le pasa? ¿Me hace venir para insultarme? ¿Acaso está borracho?».

«¡Mil diablos endemoniados!», vociferó el mayor. Se puso de pie, temblando sobre sus piernas, y sacudió un buen tortazo al capitán. Mélanie tuvo el tiempo justo de agacharse para evitar que la alcanzara de pasada. Se montó un buen jaleo. Phrosine comenzó a lanzar gritos desde la barra, como si la estuvieran pegando a ella. Los pequeños rentistas se atrincheraron detrás de su mesa, temiendo que todos esos soldados desenfundaran sus sables y comenzaran a masacrarse. Pero Doucet y Morandot habían tomado al capitán por los brazos, impidiéndole que saltara a la garganta del mayor y lo condujeron poco a

poco hacia la salida. Una vez fuera, lograron calmarlo un poco, echando toda la culpa a Laguitte. El coronel mismo decidiría sobre el asunto, pues se comprometieron a ir a someterlo a su criterio, en calidad de testigos del mismo. Cuando lograron que Burle se marchara, regresaron al café donde estaba Laguitte, muy emocionado, con los ojos llenos de lágrimas, pero fingiendo tranquilidad y apurando su caña.

—Escuche, mayor —dijo el jefe de batallón—, lo que acaba de hacer está muy mal… El capitán no tiene su mismo rango, por lo que sabe que no le permitirán batirse en duelo con usted.

—Bueno, eso ya lo veremos —respondió el mayor.

—¿Pero qué le ha hecho a usted? Si ni siquiera ha dicho nada… Dos viejos camaradas, ¡es absurdo!

El mayor hizo un gesto vago.

—¿Qué más da? Me irrita.

No pudieron sacarle más información. Jamás se supo nada más sobre los motivos, pero no por ello el escándalo

fue menos enorme. En suma, todo el regimiento acabó opinando que la Mélanie, enrabietada por haber sido abandonada por el capitán, había hecho que el mayor lo abofeteara, pues también había caído bajo sus garras y debía de haberle contado historietas abominables sobre Burle. ¿Quién lo hubiera dicho de ese pellejo de Laguitte, que siempre decía horrores de las mujeres? Y ahora era él el que había caído. A pesar del alzamiento general contra Mélanie, el suceso en realidad la hizo más popular y fascinante que nunca, temida y deseada a la vez, de manera que sus negocios comenzaron a ir viento en popa.

Al día siguiente, el coronel convocó al mayor y al capitán. Los sermoneó con dureza, reprochándoles por deshonrar al ejército al frecuentar tugurios infames. ¿Cómo resolver el entuerto, puesto que no podía autorizarlos a batirse en duelo? Esta era la cuestión que desde el día anterior se debatía apasionadamente en todo el regimiento. Unas simples excusas parecían inaceptables, debido al tortazo; sin embargo, puesto que Laguitte apenas se tenía en pie por su cojera, se pensaba que tal vez se impusiera una reconciliación, si el coronel así lo exigía.

—Veamos —prosiguió el coronel—, ¿me aceptan ustedes como árbitro?

—Perdón, mi coronel —interrumpió el mayor—. Vengo a traer mi dimisión… Aquí está. Esto lo soluciona todo. Fije usted el día del duelo.

Burle lo miró estupefacto. Por su parte, el coronel se creyó en el deber de realizar algunas observaciones: «Esta determinación que usted toma es muy grave, mayor… No le quedan más que dos años para su retiro…».

Pero de nuevo Laguitte lo interrumpió, diciendo con rudeza:

—Eso es asunto mío.

—Indudablemente… ¡Pues vale! Voy a tramitar su dimisión y, en cuanto sea aceptada, fijaré un día para el duelo.

Este desenlace dejó a todo el regimiento patidifuso. ¿Qué pasaba por la cabeza del diablo del mayor como para querer rebanarse el cuello con su viejo camarada Burle? Así que se volvió a hablar de Mélanie y de su imponente

atractivo femenino. Todos los oficiales fantaseaban ahora con ella, encendidos ante la idea de que debía de estar muy bien para lograr que un viejo duro de pelar como Laguitte se embalara así por ella. El jefe de batallón, Morandot, coincidió con el mayor y no le ocultó sus inquietudes. Si no moría en el encuentro, ¿cómo iba a vivir?, pues carecía de fortuna y la pensión por la cruz de oficial y el dinero de su jubilación, reducido a la mitad, apenas le alcanzarían para comer. Mientras Morandot hablaba de esta guisa, Laguitte mantenía sus grandes ojos abiertos y plantados en el vacío, sumido en su muda tozudez de cráneo estrecho. Cuando el otro le preguntó sobre su odio contra Burle, repitió su frase, acompañada de un gesto vago: «Me irrita. ¿Qué más da?».

Cada mañana, en la cantina de la pensión de oficiales, la primera pregunta siempre era: «¿Y bien? ¿No ha llegado ya esa dimisión?». Había gran expectativa en torno al duelo, se debatía especialmente sobre su posible desenlace. La mayor parte pensaba que Laguitte sería ensartado en apenas tres segundos, pues resultaba absurdo pretender batirse a su edad, con una pierna paralizada que no le permitiría ni lanzarse en ataque. Pero otros hacían un gesto con la cabeza. Ciertamente, Laguitte nunca había

sido ningún prodigio de inteligencia; era incluso famoso desde hacía dos décadas por su estupidez, pero eso no quitaba que antaño fuera uno de los mejores espadachines del regimiento. Había comenzado su carrera como *enfant de troupe*, y logró ganarse sus galones de jefe de batallón gracias a su bravura de hombre de sangre caliente que desdeñaba cualquier peligro. Burle, muy al contrario, era un espadachín mediocre y tenía fama de cobarde. En fin, todo estaba por verse. La emoción iba aumentando, pues la maldita dimisión no acababa de llegar.

El que estaba más inquieto, más alterado, era sin duda el propio mayor. Habían pasado ya ocho días; la inspección general iba a comenzar pasado mañana. Y seguía sin llegar nada. Temblaba solo ante la idea de haber abofeteado a su viejo amigo y de haber presentado su dimisión para nada, sin lograr retrasar el escándalo ni un minuto. Si moría en manos de Burle, se libraría de tener que asistir al lamentable asunto; y si era él el que mataba a Burle, como esperaba, taparían el escándalo en seguida; salvaría así el honor del ejército y el pequeño podría ingresar en Saint-Cyr. Pero ¡diablos!, ¡esos chupatintas del ministerio tenían que despabilarse un poco! El mayor ya no podía tenerse quieto; se le podía ver rondando por

correos, acechando a las cartas, interrogando al personal de guardia del coronel. Ya no dormía, todo le daba igual, se desesperaba sobre su bastón, cojeaba horriblemente.

En víspera de la inspección, iba de nuevo a visitar al coronel cuando se quedó paralizado al ver, a tan solo unos pasos, a madame Burle, que llevaba a Charles al colegio. No la había vuelto a ver y ella, por su parte, se había enclaustrado en su casa. Sintió un vahído y se apartó a un lado de la acera, para dejársela entera a ella. Ninguno de los dos se saludó, lo que hizo que el niño lo mirara con ojos llenos de sorpresa. Madame Burle, fría, altiva, rozó al mayor sin inmutarse. Él, cuando ya se alejaban, los miraba con una mezcla de aturdimiento y de enternecimiento.

«¡Diablos! ¡Ya no soy nada!», gruñó, tragándose las lágrimas.

Según iba a entrar en el despacho del coronel, un capitán le dijo:

—¡Pues bien! Ya está, el papel acaba de llegar.

—Ah… —murmuró él, muy pálido.

Y volvía a ver a la anciana alejándose, con el niño cogido de la mano, con su implacable rigidez. ¡Diantre! ¡Y pensar que llevaba ocho días esperando tan ardientemente la llegada de ese trozo de papel y que ahora le revolvía por dentro todas las entrañas!

El duelo tuvo lugar a la mañana del día siguiente, en el patio del cuartel, detrás de un murete. Corría un aire vivificador bajo un reluciente sol. Casi tuvieron que llevar en brazos a Laguitte. Llegó apoyándose en el hombro de uno de sus testigos y en su bastón. Burle, con el rostro inflado y amarillento, parecía dormir de pie, como quien no ha pegado ojo durante la noche de bodas. Nadie intercambió ni una palabra. Todos querían que el asunto terminara cuanto antes.

Fue el capitán Doucet, uno de los testigos, el que dio la señal de comienzo. Retrocedió y dijo: «¡Caballeros! ¡Adelante!».

Burle atacó en seguida, con la idea de tantear a Laguitte y saber qué esperar de la situación. Desde hacía diez días, este asunto se había convertido en una pesadilla absurda para él. Estaba casi totalmente perdido. Algún atisbo de sospecha lo rondaba a veces, pero lo descartaba

enseguida con un escalofrío, pues era a la muerte a lo que se enfrentaba y se negaba a creer que un amigo pudiera jugarle esta mala pasada para intentar arreglarlo todo. Por otro lado, la horrible cojera de Laguitte le daba un poco de aliento. Lo heriría en el hombro y asunto terminado.

Durante un par de minutos, sus hierros se cruzaron con el típico chasquido metálico. De repente, el capitán hizo un quiebro y lanzó un ataque. Pero el mayor, recuperando su muñeca de antaño, hizo una terrible parada de quinta. Si hubiera contraatacado, el capitán hubiera resultado ensartado de parte a parte. Este retrocedió precipitadamente, lívido, sintiéndose en manos de su rival, que acababa de perdonarle la vida… por el momento. Ahora lo entendía: se trataba efectivamente de una ejecución.

Sin embargo, Laguitte, plantado sobre sus piernas lisiadas, esperaba como una estatua de piedra. Los dos adversarios se observaron en silencio. En los ojos enturbiados de Burle apareció una súplica, un ruego de gracia; ya sabía por qué iba a morir y, como un niño, juraba que nunca lo volvería a hacer. Pero la mirada del mayor permaneció implacable. El honor era el dueño de la misma y asfixiaba toda su ternura de buen hombre.

«¡Acabemos!», murmuró entre dientes.

Esta vez fue él quien atacó. Se vio un relámpago, su sable flambeó cruzando de derecha a izquierda, volvió y se plantó, con una estocada recta y fulgurante, en el pecho del capitán, que se desplomó como un peso muerto, sin un solo grito.

Laguitte soltó el sable, contemplando al pobre cebón de Burle tendido patas arriba, con la panza al aire. El mayor repetía una y otra vez, enfurecido y roto por la emoción: «¡Mil diablos endemoniados!».

Sus dos testigos tuvieron que llevárselo en brazos, pues sus piernas ya no le respondían y no podía andar ni con el bastón.

Dos meses más tarde, el anciano mayor se arrastraba por una soleada y desierta calle de Vauchamp, cuando volvió a toparse frente a frente con madame Burle y el pequeño Charles. Ambos vestían un estricto luto.

Quiso evitarlos, pero las piernas no le respondían y se dirigieron directamente hacia él, sin frenar ni acelerar el paso. Charles seguía con su dulce rostro asustado de niña.

Madame Burle mantenía su rígida altivez, más dura y seca que nunca. Como Laguitte se apartó, metiéndose en el ángulo de una puerta cochera, para despejar su camino, ella se detuvo bruscamente ante él y le tendió la mano. El mayor dudó un instante, pero acabó estrechándola, y se puso a temblar de pies a cabeza, sacudiendo el brazo de la anciana. Intercambiaron en silencio miradas enmudecidas.

«Charles —dijo por fin la abuela—, da la mano al mayor». El niño obedeció sin comprender. Laguitte estaba muy pálido, apenas osaba rozar los delicados dedos del pequeño. Entonces, comprendiendo que debía decir algo, tan solo se le ocurrió lo siguiente:

—¿Sigue usted pensando en que vaya a Saint-Cyr?

—Claro, en cuanto tenga la edad —respondió madame Burle.

A la semana siguiente, una fiebre tifoidea se llevó a Charles. La víspera, su abuela le había vuelto a leer la batalla del Vengeur, para aguerrirlo. Durante la noche el delirio se amparó de él. Murió de miedo.

“ Era capaz de pasar así días enteros, con su figura desgarbada y su larga cara siempre seria, cuyos delgados labios jamás sonreían...

Colección
Lima Lee

